

Perspectivas en el estudio de lenguas indígenas de América del Sur

Antonio Tovar

1. Cuando se observan en la bibliografía reciente los intereses dominantes en la lingüística que se ocupa de la América indígena, se puede, por un lado, comprobar que las publicaciones aumentan y que, de acuerdo con el crecimiento numérico general que caracteriza a nuestro mundo, es cada vez mayor el número de estudiosos, de lenguas consideradas y de problemas suscitados. Por otro lado, hay que notar, sin embargo, que ese aumento de atención ocurre como si la vida de las lenguas americanas, sobre todo de las lenguas menores, estuviera asegurada.

Y la realidad es que, mientras las grandes lenguas van logrando consideración mayor en la enseñanza, en los medios de difusión, etc. (y ahí tenemos, en primer lugar, el quechua en el Perú, como un ejemplo de esta reivindicación), las lenguas menores, que son casi todas, si se permite exagerar un poco y poner juntas lenguas que cuentan con algunos millares de hablantes con lenguas de grupos mínimos, están en peligro más o menos próximo de extinción.

Cualquiera que conoce la realidad americana sabe cómo estos grupos se encuentran amenazados en su identidad, y no sólo lingüística, ante el arrollador avance de los medios modernos de comunicación, de las vías de comunicación, de la penetración de la economía comercial, etc. Lo mismo que se pierden en los países europeos, o en las zonas americanas de colonización antigua, tradiciones y costumbres, formas lingüísticas de viejo arraigo, y todo lo demás, los grupos indígenas que generalmente en el aislamiento han podido, hasta ahora, mantener su peculiaridad, están muy amenazados. Sólo una voluntad muy fuerte, y una conciencia marcada de su identidad, pueden, en algún caso, retardar o impedir la asimilación precipitada y destructora de toda una tradición secular.

Aparte de los motivos de interés y respeto y adhesión que merecen las viejas culturas indígenas en todas sus fases, tanto como culturas superiores que alcanzaron pleno desarrollo, cuanto como entidades primitivas, que nos ponen en contacto con formas tan remotas de la expresión humana, hay que tener presente que las lenguas indígenas, en sí mismas y en sus relaciones, son un archivo de la historia de América. En cada lengua que se ha extinguido y se extingue, desaparece un alma única, una entidad cultural que es individual e insustituible, pero además, con ella se va un documento necesario para conocer el pasado de América.

Las relaciones entre las lenguas, su pertenencia a familias, su irradiación sobre las vecinas o lejanas, su correspondencia o su discrepancia con los diversos rasgos culturales de los grupos que las hablan son, en mayor o menor grado, interpretables como cristalizaciones de hechos históricos. Cada lengua que desaparece es una pieza cuyos valores en sí misma y en relación con otras quedan irremediablemente anulados.

2. En el trabajo individual o colectivo sobre las lenguas americanas se echa de menos un mínimo cuidado por la salvación, en la medida de lo posible, de esa documentación que son las lenguas. Y esa perspectiva es la que quisiéramos comentar aquí, proponiéndola a los lingüistas preocupados con el tema.

Evidentemente una biblioteca que reuniera todas las publicaciones sobre lenguas americanas permitiría avanzar en el aprovechamiento de los materiales ya recogidos que, a veces, son difícilmente accesibles, o de calidad deficiente. La dispersión en revistas de antropología y etnología, en publicaciones locales poco difundidas, en textos de misioneros antiguos y modernos, en libros publicados lo mismo en grandes editoriales que en remotas provincias, hace que estos materiales, aun con los medios ahora disponibles (xerox, microfilmes, etc.), sean de incómodo manejo. Y a menudo, ante la inexistencia de bibliotecas, se prescinde de los viejos materiales, que quedan olvidados en los estantes de las pocas bibliotecas que los poseen.

Contribuye a que los viejos materiales se olviden el que son a menudo de incómoda utilización, comenzando porque la fonética y la fonología modernas tienen apenas medio siglo de antigüedad, por lo que nos desesperamos a menudo ante las transcripciones viejas o poco cuidadosas.

Luego hay que tener en cuenta el número crecidísimo, centenares, tal vez un millar o más, de las lenguas de América del Sur. Una

línea que corta Nicaragua y Honduras separa las dos partes del Nuevo Mundo y deja al lado norte las últimas avanzadas del azteca y las lenguas mayas, mientras que ya son de la parte meridional las Antillas, donde Colón se encontró con el inmenso mundo lingüístico arahuaco, y ciertas lenguas de América Central, que se suelen atribuir, con más o menos razón, a ese no explicado complejo, centrado en Colombia, de las lenguas chibchas.

¿Cómo podemos orientarnos en tal número de lenguas desconocidas? ¿Qué memoria es capaz de reconocer relaciones entre ellas, y de intentar una clasificación? Ante el inmenso número de lenguas y el caos de desiguales y dispersas informaciones, ¿no habrá que pensar en la aplicación de métodos cuantificados, como la léxico-estadística de Swadesh y los índices tipológicos de Greenberg, incluso aplicándolos con el ordenador a muchas lenguas?

Cuando se repasan los inventarios de lenguas, acompañados de referencias a la información sobre ellas (v. MASON 1950, RIVET-LOUKOTKA 1952, TOVAR 1961 y LARRUCEA DE TOVAR 1972, LOUKOTKA 1968, VOEGELIN 1977) se siente inquietud ante enumeraciones y clasificaciones. Por limitarnos a la más reciente y dogmática presentación nos encontramos con afirmaciones inexactas: mataco mal separado del mataguayo, o tapieté, que es un dialecto guaraní, identificado con el ashushlay (VOEGELIN 1977, 224), tuyuneri incluido entre los dialectos del tupí (*ibíd.*, 132), una clasificación maipure, dentro de la gran familia arahuaca, totalmente falsa, aunque venga repetida de Greenberg y Noble (*ibíd.*, 215) . . . Encontramos también superfamilias, o filos, cuya entidad es sumamente discutible, y cuya utilidad no se ve por ninguna parte. Nombres de lenguas y tribus que se vienen usando en la bibliografía de antiguos misioneros y etnólogos, se repiten y van copiando de un libro a otro, sin crítica que lleve a reconocer su identidad. En una zona que he podido conocer más de cerca, me atrevería a reducir a dos (o quizá tres o cuatro) los diez dialectos del mataco propiamente tal que cita LOUKOTKA 1968, 53 s., y quizás a cuatro las seis lenguas del grupo que se citan a continuación (LOUKOTKA 1968, 54 s.). Desde los primeros cronistas y misioneros, en muchas regiones de América (yo pienso ahora, por ejemplo, en el libro del P. Lozano sobre el Chaco), el número de tribus y lenguas ha aumentado continuamente para impresionar al lector, sin cuidarse de reducir sinonimias, ya que es sabido que tribus y lenguas tienen un nombre que se dan ellos mismos, y nombres distintos que les dan los vecinos de lenguas distintas, o los blancos.

3. Hay que conseguir todavía una clasificación de lenguas sudamericanas que establezca con seguridad la identidad de cada una, poniendo juntas las variedades dialectales y eliminando numerosos nombres fantasmas. Entonces vendría una clasificación más segura, basada en el examen de materiales comprobados. Hay que tener en cuenta que la enumeración y ordenación de Loukotka editada por J. Wilbert, la más completa y segura de que disponemos, no ha sido utilizada plenamente en las valiosas breves listas de palabras.

Por ejemplo, si hacemos el experimento de estudiar comparativamente las listas de 10 ó 12 palabras que da Loukotka para una gran familia, la arahuaca, nos decidiríamos a separar de ella resueltamente varias lenguas: amoishe o amuesha, mashco o amarakaëiri, guahibo y guayabero. De la segunda de estas lenguas la absoluta separación del grupo arahuaco es segura después de la investigación que está realizando E. Helberg.

El dogmatismo a que se ha llegado en la clasificación y enumeración de lenguas de América del Sur en las repeticiones que van de McQuown (1955) a Greenberg (1959) y Voegelin (1977), con el episodio de superficialidad de Noble (1965) sobre la familia arahuaca, necesita la corrección de una duda metódica cuando se piensa que ni siquiera se han aprovechado críticamente datos conocidos, pero que siguen dispersos y sin ordenar. Una llamada a la crítica y a la cooperación es la de Mary Ritchie Key (1979).

La falta de cátedras especiales y de centros de estudio deja perderse en el abandono el material acopiado por los estudiosos. Y en este desorden, falta una investigación dirigida que se oriente hacia las claves de los problemas.

Para ir acercándose a un plan sistemático, habría que comenzar por la creación de un archivo de lenguas americanas. No un archivo único y centralizado, sino una unidad ideal distribuida en distintos puntos: en capitales o centros culturales de distintas repúblicas americanas, en capitales regionales, universidades, etc., se deberían fundar depósitos donde de la forma más segura e indeleble posible se guardaran grabaciones de las lenguas amerindias. Cada grabación iría acompañada de su transcripción y de una traducción.

Un intercambio entre los distintos centros aseguraría la colaboración en el estudio de los problemas que superan el área local. Al comenzar la tarea se habrían de establecer criterios generales sobre procedimiento de grabación, transcripción, etc. Las lenguas y dialectos más inmediatamente amenazados de extinción serían los primeros en estudiarse, al menos en lo que llamamos forma mínima.

Cada centro podría organizar sus archivos en la forma que la experiencia aconsejase. Por de pronto, propondríamos la forma mínima de archivar una lengua. Esta habría de estar, al menos, representada:

1º por una lista de poco más de 100 palabras. Encontramos muy aceptable el vocabulario diagnóstico de Swadesh (cf. SWADESH 1954, 1955), con sus 100 palabras "no culturales". Posiblemente convendría ampliarlo con algunas palabras específicamente americanas, sin evitar ciertas palabras culturales, que pueden orientar sobre la difusión y sus itinerarios;

2º por un texto seguido (relato de cualquier naturaleza), de 100 palabras como mínimo, o mejor de 200.

Estas dos muestras de cada lengua o dialecto, con su transcripción con signos fonéticos lo más precisos y unificados posible, y su traducción fiel, constituirían la forma mínima de archivar una lengua o dialecto.

La organización de archivos en diferentes puntos, el intercambio entre ellos, la continua revisión y mejora de métodos, procurando mantener la mayor unidad posible, crearía las bases para un conocimiento real de las lenguas amerindias y contribuiría a un mejor conocimiento, clasificación y ordenación del inmenso número de ellas.

Las muestras de léxico serían interpretadas como orientadoras de la relación entre las lenguas, y la aplicación de la tipología cuantificada (GREENBERG 1960) en la forma que ya hemos propuesto (TOVAR 1966 y s.f.), permitiría, sin duda, en muchos casos, decidir si las semejanzas provienen de préstamo o de origen común.

Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

- J. H. GREENBERG, 1959, "The general classification of Central and South American languages", *Men and Cultures, Selected papers of the 5th International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences, Philadelphia 1956*, ed. under the chairmanship of Anthony Wallace. Univ. of Pennsylvania Press, 791-794.
- , 1960, "A Quantitative Approach to the Morphological Typology of Language", *International Journal of American Linguistics* 26, 178-194.
- Marie Ritchie KEY, 1979, *The grouping of South American Indian languages*, Tübingen.
- Consuelo LARRUCEA de Tovar, 1972, *Suplemento al Catálogo de las Lenguas de América del Sur*, Centro di Ricerche per l'America Latina, Florencia.

- Čestmir LOUKOTKA, 1968, *Classification of South American Indian Languages*, Johannes WILBERT editor, University of California, Los Angeles.
- John Alden MASON, 1950, "The Languages of South American Indians", *Handbook of South American Indians*, dirigido por J. H. Steward, Washington, 6, 157-317.
- Norman A. McQUOWN, 1955, "The Indigenous Languages of Latin America", *American Anthropologist*, N. S., 57, 501-570.
- G. Kingsley NOBLE, 1961, *Proto-Arawakan and its descendants*, Publ. of Indiana University, Bloomington-La Haya.
- Paul RIVET y Č. LOUKOTKA, 1952, "Langues Américaines, II, Langues de l'Amérique du Sud et des Antilles", *Les langues du monde*, dirigida por A. Meillet y M. Cohen, 2ª ed., Paris, 639-712.
- Morris SWADESH, 1954, "Perspectives and problems of Amerindian comparative linguistics", *Word* 10, 306-332.
- , 1955, "Towards greater accuracy in lexico-statistic dating", *International Journal of American Linguistics* 21, 121-137.
- Antonio TOVAR, 1961, *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, Buenos Aires.
- , 1966, "Genealogía, léxico-estadística y tipología en la comparación de lenguas americanas", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias* (Sevilla), 2, 229-238.
- , s.f., "Comparación: léxico-estadística y tipología". Enviado al Primer Encuentro Internacional de Vascólogos, Bilbao, agosto de 1980.
- G. F. and F. M. VOEGELIN, 1977, *Classification of the World Languages*, Nueva York - Oxford.